

Historia de las ideas morales

XIII

Las ideas morales en el siglo XVIII

A medida que nos aproximamos a la Revolución, la moral materialista, como hemos visto, se hace más social y más humana, anunciando cada vez más claramente la moral a la vez realista y humanitaria del porvenir.

Pero la ética materialista no constituyó toda la filosofía moral del siglo XVIII.

Pasaremos rápidamente sobre Voltaire, cuya filosofía no fué más que un escepticismo descontento y burlón y que no llegó hasta el ateísmo. Voltaire, como es bien sabido, se dedicó apasionadamente a la causa de la «humanidad», a la lucha contra la superstición y el fanatismo; se alzó rudamente contra la intolerancia religiosa; protestó, con Montesquieu, contra el tormento, y reclamó la libertad política. Profesó un semiespiritualismo que con justicia ha sido calificado de fraudulento, y defendió la creencia en un «Dios remunerador y vengador», lo mismo que en la libertad moral del hombre, y condenó el sistema de Helvecio.

Rousseau también se sujetó a una filosofía semiespiritualista, y combatió elocuentemente el sensualismo en su *Profesión de fe de un vicario saboyano*.

«Rousseau—dice Hegel en su *Historia de la filosofía*—proclamó que la libertad es la esencia del hombre; este principio constituye la transición a la filosofía de Kant, de la cual fué fundamento».

En efecto, como ya hemos dicho, en Rousseau como en Montesquieu, Kant tomó la inspiración dominante en su pensamiento filosófico y moral.

Vigorosa protesta contra una organización social que había llegado a ser intolerable, noble reivindicación de los derechos de libertad, la palabra de Rousseau tuvo inmensa resonancia y

sirvió de guía en su obra emancipadora a la Asamblea Constituyente y a la Convención Nacional. Fué útil, utilísima en aquella época, en tanto que hoy sólo podría producir perjudiciales resultados.

Es evidente que la doctrina de la vuelta al estado de naturaleza es la que puede haber más antipática a la creencia en el progreso, creencia que precisamente consiste en colocar la edad de oro delante y no detrás de nosotros. Añádase que la hipótesis de un contrato social, es decir, de un pacto en que mediante el goce de ciertas ventajas, tales como la seguridad, etcétera, etc., han consentido los hombres en abandonar la vida de aislamiento y de independencia que les era natural, para vivir en sociedad, es una hipótesis que nada justifica. El estado natural del hombre no es el aislamiento: el hombre sobre todo es un ser social, y no es cierto que haya existido un tiempo en que los hombres estuvieran sin lazos que les unieran. En cuanto hubo hombres sobre la tierra, hubo pueblos, tribus, es decir, sociedades estrechas e imperfectas, es verdad, pero que por medio de evoluciones y revoluciones sucesivas, han llegado a ser lo que vemos. Ya no puede suponerse que hubo un día en que los hombres se decidieran a asociarse, como no puede admitirse que en un momento dado se hubieran puesto de acuerdo para comer y respirar.

Sin embargo, Rousseau demostró rigurosamente que la sociedad entera reposa, no sobre los intereses materiales o sobre la razón abstracta, como lo habían sostenido Helvecio y Montesquieu, sino sobre la voluntad real, única que hace del hombre un ser moral.

Pasemos, por último, a Kant, esa encarnación tan característica del ra-